

Razón del extraviado: Mutis entre dos mundos

Una vida que pasó a mi vera y no lo supe. (...) así se ha ido formando la ciega corriente de otro destino que hubiera sido el mío y que, en cierta forma, sigue siéndolo allá, en esa otra orilla en la que jamás he estado y que corre paralela a mi jornada cotidiana.

(Mutis: *La nieve del almirante*, 27)

Con estas palabras se refiere Maqroll el Gaviero a esa otra corriente que el autor implícito expresa en *Los Emisarios*, *Crónica Regia y alabanza del reino* y *Un homenaje y siete nocturnos*. Hablar de Mutis es nombrar a Maqroll; buena parte de su obra constituye la historia de este escéptico y errante personaje que da nombre a la totalidad del discurso lírico, y recorre sus seis novelas. Pero en sus obras se escucha otra voz que penetra en una época remota y se identifica con un sistema tradicional (no obstante abierto a movimientos portadores de cambio), donde tenía lugar la vida de sus antepasados, en un ámbito teocrático, religioso y monárquico. A esta voz nos referiremos aquí.

Mutis, aludiendo a su poética, ha dicho con palabras de Neruda: «mis criaturas nacen de un largo rechazo», sugiriendo otro punto de referencia: el mundo de lo aceptado, o la nostalgia de algo que era diferente y, por la imposibilidad de materializarlo, no tiene más remedio que cantar al mundo repudiado en el que le toca vivir. Insinúa, también, que su obra nace de lo único salvable dentro de ese mundo de reproches. Es aquí donde encuentra asidero el dispositivo de la antítesis, figura que hace posible, en el poema, la convivencia de dos mundos opuestos, en la que se juega toda la poética mutisiana.

La obra maqrolliana de Mutis se escinde para completarse a sí misma. Hay en ella retornos y movimientos entre los estados de orden y deterioro que se nutren recíprocamente. Ciertamente es que sus novelas, relatos y gran

¹ La estética del deterioro en esta obra está construida con elementos en decadencia: los efectos del azar, las resonancias de la muerte y la visión del espacio desolado en la peculiar concepción que él tiene del trópico.

² A partir de *Los Emisarios* empieza el cambio de proposición poética a nivel significativo; pero no sorprende tanto si se tiene en cuenta que no son más poemas del Gaviero. Con excepción de los poemas de Maqroll. Son poemas del autor implícito. Hay en ellos un mayor acercamiento a una visión religiosa, de un orden trascendente que el escéptico Maqroll no posee.

³ De Carlos V le interesa su destino, su noción de unidad de orden religioso y su intento de volver a poner en pie el Sacro Imperio Romano Germánico de Carlo Magno.

⁴ La vastedad de su influencia, la autoridad del monarca, el desorden de las cortes vecinas: Enrique II en Francia, Isabel y los piratas en Inglaterra, Calvino el adverso gemelo de Felipe II en Ginebra, los electores de Alemania, Venecia en su decadencia. Los años de la Compañía de Jesús, concomitantes con el prestigio de las Indias, la leyenda de El Dorado y la gesta increíble de los conquistadores bajo la atmósfera de la inquisición. El tiempo en que se construyó el Escorial con el panteón de los infantes y los cuadros del Bosco.

⁵ En adelante se usarán las iniciales SM para Summa de Maqroll el Gaviero y se indicará la fecha, de acuerdo a la edición citada.

parte de su poesía privilegian la estética del deterioro, entendido éste como fuerza resultante del azar, de la usura del tiempo que va trabajando sin medida ni término a hombres y mujeres, desgastando su cuerpo y sus más preciosas esencias emocionales y espirituales; comiendo, digámoslo así, a todo ser viviente¹. Sin embargo, la visión que se percibe en *Crónica Regia* y parcialmente, en *Los Emisarios*² y *Un homenaje...*, se desvía de esa línea primordial de decadencia y revela un hallazgo que se impone a la visión del deterioro. La voz del autor implícito, distanciada del Gaviero, crea una ruptura y una avanzada hacia un horizonte metafísico, hacia la nostalgia del poder absoluto, hacia el reencuentro de una cartografía tradicional y arcaica, cuyas matrices sociales (el mito, la lengua y el sistema de simbolización) sean, si no totales, por lo menos efectivas.

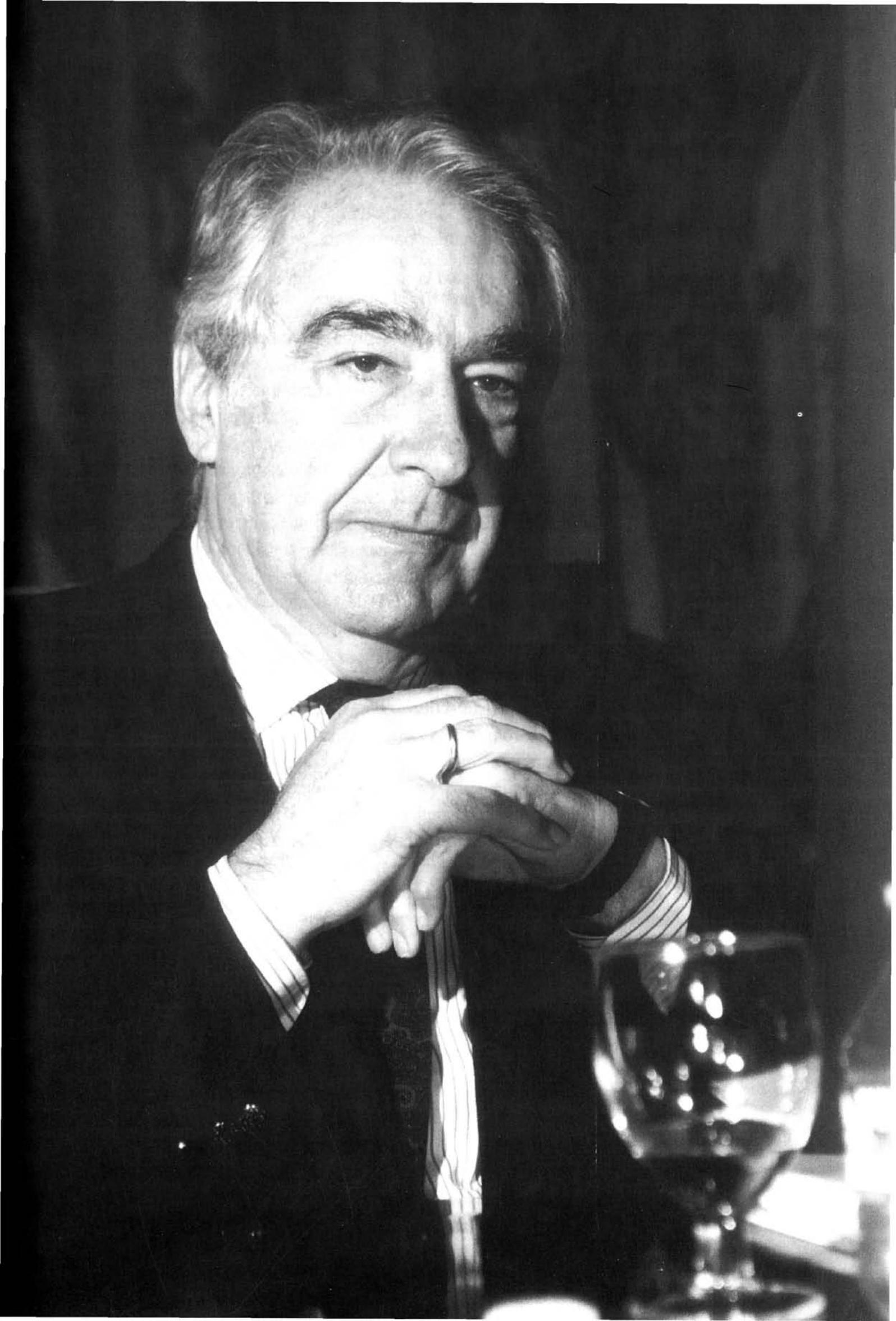
Este desvío en la obra de Mutis obedece también a la tensión permanente entre mundos complejos, a veces contrapuestos: en el anverso, su origen colombiano en contacto con la tierra caliente y, en el reverso, la herencia ancestral y el impacto recibido durante los nueve años de su estadía en Europa. Habría que agregar su familiaridad con la historia en general y el medioevo en particular, que le dan una razón básica para su vida, ubicada en una pretérita sociedad tradicional, cuya idea de poder residía fuera del control del tiempo y de los hombres que se sujetaban a él y por ello podía actuar como amortiguador del deterioro y el caos.

Entre los períodos históricos, a Mutis le interesa el de Carlos V³. De allí deriva la etapa de Felipe II, su hijo, de cuyo imperio le impresionan todas las características⁴. Y tal vez por eso, ya en 1947, había escrito, «Apuntes para un poema de lástimas a la memoria de su Majestad el rey Felipe II», cuando todavía no había aparecido Maqroll el Gaviero como persona poética, lo cual indica que es una vieja preocupación de otro hablante lírico que encuentra su continuación en 1985.

Crónica Regia y Alabanza del Reino (1985) se desarrolla en torno al reinado felipino: su destino, su familia y sus monumentos (El Escorial). Inicia con el poema «Como un fruto tu reino» que alude a la concepción del Estado centralizado en el catolicismo, propia de un rey que, con plena convicción de obedecer designios divinos, hacía gravitar, alrededor de su eje, centros homologados por la religión.

Como un fruto tu reino, Señor.
Convergen sus gajos, el zumo
de sus mieles y la nevada autonomía
de su idéntico dibujo (*Summa* 197)⁵.

En los versos siguientes se reconoce al rey como representante de Dios, de su voluntad y como encarnación transitoria del factor de permanencia



y orden que rige una época; un poder que se hacía sentir por efecto de lo imaginario, de lo simbólico y de las prácticas rituales:

un orden que te pertenece
por gracia y designio
del Dios de los ejércitos,
Sólo a ti fue concedido el peso
de tan vasta tarea, sólo en ti
gravita la desolada gestión... (SM 197)

Y es que la conciencia del «sin sentido» de la modernidad que tiene Mutis, engendra en la obra por lo menos dos posiciones extremas: una de vuelta al pasado conservador de la tradición, como una posibilidad de estructura sistemática que interprete, organice y devuelva significación al presente. La otra, la posición más común de Maqroll, quien se interroga, duda, se acomoda y cae a veces en un escepticismo o en un nihilismo nefasto, en busca de un orden que no mide riesgos.

Mutis se define a sí mismo como «gibelino⁶, monárquico y legitimista» y en otras ocasiones ha dicho también que se considera «reaccionario» (*Tras las rutas* 251). Su posición y su obra obedecen a las insuficiencias que encuentra en el mundo moderno, su descolocación en él, a la posición de exiliado, de extranjero o de bárbaro dentro de su propia sociedad (expresada mejor a través de Maqroll) y a las pocas respuestas que dan los sistemas actuales a sus inquietudes más trascendentes, en los cuales no identifica otra cosa que el caos sin sentido. De allí que tienda a ubicarse en un espacio y tiempo anacrónicos y a regresar a un mundo tradicional que el autor y algunos de sus personajes viven a través de sus lecturas de historia. Como monárquico no concibe que se pueda obedecer a ninguna regla inventada por los hombres. Todo poder, para él, debe tener un origen trascendente. «A un rey que ha sido ungido por Dios para gobernar a los hombres lo entiendo, lo acato y sus leyes para mí son norma...», dice Mutis (*Eco* 237: 250, 258). Pero reconociendo inmediatamente lo utópico de su afirmación en el momento presente, agrega: «Ese juego lo juego, pero no hoy, porque hoy vivimos en un mundo racionalista, absurdo, de una frivolidad tal que la sola idea podría causar risa» (*Entrevista personal I*). Como reaccionario, jamás ha sentido la menor veleidad por la izquierda y la revolución es algo inconcebible. En todo caso, la que considera mayor, «la revolución más grande del mundo es el trópico», la cual ya vio y vivió (*Cros*, 289).

Su posición, sin embargo, es más lúcida: *Crónica Regia* presenta la experiencia del poder, pero no como historia. «No se trata, por supuesto, de recrear una época como de mostrar su espíritu, que de algún modo la historia sigue perpetuando» (*Sucre* 368). Al autor le interesa mostrar los efectos que el poder omnímodo produce en un hombre; una imagen relativiza-

⁶ Los gibelinos en las guerras de la Edad Media en Italia eran los partidarios de los emperadores, opuestos a los güelfos, partidarios de los papas.

da de la condición humana de Felipe II y su corte; seres de carne y hueso, víctimas en sí mismos y a la vez rodeados de gente corroída por la codicia y la envidia. Le interesa desmitificar la historia oficial mostrando la incompetencia de la razón y concediéndole trascendencia a la fe; eco, tal vez, de las palabras del propio rey: «prefiero no reinar a reinar sobre herejes»:

Así es tu deseo que se muestre
tu reino: ajeno al infame comercio
con los señalados por el demonio
del examen con su huella de cieno,
con los mancillados por el tributo
al efímero afán de la razón (SM 197).

Al ser la tradición generadora de continuidad por excelencia, impone una conformidad con sus valores transmitidos de generación en generación, y la religión y las instituciones culturales afirman las permanencias por las cuales el mundo está establecido y su inalterabilidad. Al mismo tiempo son dispositivos que niegan la historia y, consecuentemente, la razón.

Más obvia es su posición en «Apuntes para un funeral» (SMG 205-207), cuyo canto a sus memorias exalta, no sus triunfos ni su gloria, sino la soledad y el olvido que lo corroen⁷. «Por última vez... cantemos sus lástimas de monarca... que lentamente bebe su sangre de reptil indefenso y creyente», «¡Gloria de un clima! Loor al olvido que adelanta a través de las piedras que suelda el calicanto...» (SM: 1982, 13). El olvido deteriora el orden interno y también lo restituye, cuando la materia olvidada es dolorosa y por ello es motivo de alabanza. Reconoce cierta piedad e indulgencia en la capacidad de olvidar que tenemos, porque nos lleva a aproximarnos a «la nada que/ a todos habrá de alojarnos» (*Caravansary* 22).

La poetización a la muerte de Felipe II, que de otro lado recuerda sus poemas a la muerte de Marcel Proust y a la de Pushkin, y el relato sobre la muerte de Bolívar, muestra la muerte como un hecho de «excedencia» y «excepción» que rebosa toda barrera y simultáneamente limita los sueños de grandeza. La muerte como el máximo poder de desviar la naturaleza de las rígidas reglas de su ser y de su curso. Ella resalta más aguda y claramente la transformación. Lo curioso es que aun la muerte, en este tipo de sociedad tradicional, tiene su explicación en poderes, en fuerzas o en un Dios que se ubica más allá de la historia. En ese sentido el hombre de esta sociedad no se encuentra sin recursos frente a las eventualidades del azar. La muerte que es la culminación del deterioro, puede ser entonces asimilada como ficha de un mosaico y como parte de un orden.

Para un poeta que no cree en las democracias, y menos aún en regímenes dictatoriales ni socialistas, todos ellos, para él, producto de un consenso racional, la solución es la nostalgia de un régimen basado en un sentido

⁷ «Apuntes para un poema de lástimas a la memoria de Su Majestad el Rey Felipe II» es el título con el que se publicó este poema en 1947 (SM: 1982, 12-13).